dolas anchura para que no aten el sentido corporal y espiritual a cosa particular interior ni exterior, cuando Dios las lleva por esta soledad. Y no se penen ni se soliciten pensando que no se hace nada; porque aunque el alma entonces no lo hace, Dios lo hace en ella. Procuren ellos desembarazar el alma y ponerla en ociosidad, de manera que no está atada a alguna noticia particular de arriba o de abajo, o con codicia de algún jugo o gusto, o de alguna otra aprensión, de manera que esté vacía en negación pura de toda criatura puesta en pobreza espiritual; que esto es lo que el alma ha de hacer de su parte, como lo aconseja el Hijo de Dios diciendo *(Lc.*, 14, 33): *El que no renunciare a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.* Lo cual se entiende no sólo de la renunciación de todas las cosas temporales según la voluntad, mas también del desapropio de las espirituales, en que se incluye la pobreza espiritual, en que pone el Hijo de Dios la bienaventuranza.

Y vacando de esta manera el alma a todas las cosas, llegando a estar vacía y desapropiada acerca de ellas, que es, como habemos dicho, lo que puede hacer el alma, es imposible, cuando hace lo que es de su parte, que Dios deje de hacer lo que es de la suya en comunicársele, a lo menos en secreto y silencio. Más imposible es esto que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado; pues que así como el sol está madrugando para entrarse en tu casa, si destapas el agujero, así Dios, que *no duerme en guardar a Israel, ni dormita (Sal.*, 12, 4), entrará en el alma vacía y la llenará de bienes divinos.

47. Dios está como el sol sobre las almas para comunicarse a ellas; conténtense los que las guían

con disponerlas para esto según la perfección evangélica, que es la desnudez y vacío del sentido y espíritu; y no quieran pasar adelante en edificar, que ese oficio es sólo del *Padre de las lumbres, de donde desciende toda dádiva buena y don perfecto* (*Jac.*, 1, 17). Porque *si el Señor,* como dice David (*Sal.* 126, 2), *no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica.* Y pues Él es el artífice sobrenatural, Él edificará sobrenaturalmente en cada alma el edificio que quisiere, si tú se la dispusieres, procurando aniquilarla acerca de sus operaciones y afecciones naturales, con las cuales ella no tiene habilidad ni fuerza para el edificio sobrenatural: antes en esta sazón se estorba más que se ayuda. Y esa *preparación* es de tu oficio *ponerla en el alma, y de Dios,* como dice el Sabio (*Prov.*, 16, 1 y 9), *es enderezar su camino,* conviene a saber, a los bienes sobrenaturales, y por modos y maneras que ni el alma ni tú entiendes.

Por tanto, no digas: ¡Oh, que no va el alma adelante, porque no hace nada! Porque si ello es verdad que no hace nada, por el mismo caso que no hace nada te probaré yo aquí que hace mucho. Porque si el entendimiento se va vaciando de inteligencias particulares, ahora naturales, ahora espirituales, adelante va, y cuanto más vacare a la inteligencia particular y a los actos de entender, tanto más adelante va el entendimiento caminando al sumo bien sobrenatural.

48. ¡Oh!, dirás, que no entiende nada distintamente, y así no podrá ir adelante. Antes, te digo que si entendiese distintamente, no iría adelante. La razón es, porque Dios, a quien va el entendimiento, excede al mismo entendimiento; y así es incomprensible e inaccesible al entendimiento, y, por tanto, cuando el entendimiento va entendien-

do, no se va llegando a Dios, sino antes apartando. Y así antes se ha de apartar el entendimiento de sí mismo y de su inteligencia para llegarse a Dios, caminando en fe, creyendo y no entendiendo. Y de esa manera llega el entendimiento a la p rfección; porque por fe y no por otro medio se junta con Dios; y a Dios más se llega el alma no entendiendo que entendiendo.

Y, por tanto, no tengas de eso pena; que si el entendimiento no vuelve atrás—que sería si se quisiese emplear en noticias distintas y otros discursos y entenderes, sino que se quiera estar ocioso—, adelante va, pues que se va vaciando de todo lo que en él podía caer, porque nada de ello era Dios, pues, como habemos dicho, Dios no puede caber en él. Y en este caso de perfección, el no volver atrás, es ir adelante, y el ir adelante el entendimiento es irse más poniendo en fe, y así es irse más oscureciendo, porque la fe es tiniebla para el entendimiento. De donde, porque el entendimiento no puede saber cómo es Dios, de necesidad ha de caminar a Él rendido no entendiendo; y así, para bien ser le conviene eso que tú condenas, conviene a saber, que no se emplee en inteligencias distintas, pues con ellas no puede llegar a Dios, sino antes embarazarse para ir a Él.

49. ¡Oh!, dirás, que si el entendimiento no entiende distintamente, la voluntad estará ociosa y no amará, que es lo que siempre se ha de huir en el camino espiritual. La razón es porque la voluntad no puede amar si no es lo que entiende el entendimiento.

Verdad es esto, mayormente en las operaciones y actos naturales del alma en que la voluntad no ama sino lo que distintamente entiende del entendimiento; pero en la contemplación de que vamos

hablando, por la cual Dios, como habemos dicho, infunde de Sí en el alma, no es menester que haya noticia distinta, ni que el alma haga actos de inteligencia; porque en un acto la está Dios comunicando luz y amor juntamente, que es noticia sobrenatural amorosa, que podemos decir es como luz caliente, que calienta, porque aquella luz juntamente enamora; y ésta es confusa y oscura para el entendimiento, porque es noticia de contemplación, la cual, como dice san Dionisio, es rayo de tiniebla al entendimiento.

Por lo cual, al modo que es la inteligencia en el entendimiento, es también el amor en la voluntad. Que, como el entendimiento, esta noticia que le infunde Dios es general y oscura, sin distinción de inteligencia, también la voluntad ama en general, sin distinción alguna de cosa particular entendida. Que por cuanto Dios es divina luz y amor, en la comunicación que hace de Sí al alma, igualmente informa estas dos potencias, entendimiento y voluntad, con inteligencia y amor; y como el mismo no sea inteligible en esta vida, la inteligencia es oscura, como digo, y a este talle es el amor en la voluntad. Aunque algunas veces, en esta delicada comunicación se comunica Dios más y hiere más en la una potencia que en la otra. Porque algunas veces se siente más inteligencia que amor, y otras veces, más amor que inteligencia, y a veces también todo inteligencia sin ningún amor, y a veces todo amor sin ninguna inteligencia. Por tanto, digo, que en lo que es hacer el alma actos naturales con el entendimiento, no puede amar sin entender; mas en los que Dios hace e infunde en ella, como hace en la que vamos tratando, es diferente, porque se puede comunicar Dios en la una potencia sin la otra; y así puede inflamar la voluntad con

el toque del calor de su amor, aunque no entienda el entendimiento, bien así como una persona podrá ser calentada del fuego aunque no vea el fuego.

50. De esta manera, muchas veces se sentirá la voluntad inflamada o enternecida y enamorada sin saber ni entender cosa más particular que antes, ordenando Dios en ella el amor, como lo dice la Esposa en los Cantares (2, 4), diciendo: *Entróme el rey en la cela vinaria y ordenó en mí la caridad.* De donde no hay que temer la ociosidad de la voluntad en este caso, que si de suyo deja de hacer actos de amor sobre particulares noticias, hácelos Dios en ella, embriagándola secretamente en amor infuso, o por medio de la noticia de contemplación, o sin ella, como acabamos de decir, los cuales son tanto más sabrosos y meritorios que los que ella hiciera, cuanto es mejor el movedor e infusor de este amor, que es Dios.

51. Este amor infunde Dios en la voluntad, estando ella vacía y desasida de otros gustos y aficiones particulares de arriba y de abajo. Por eso téngase cuidado que la voluntad esté vacía y desasida de sus aficiones, que si no vuelve atrás, queriendo gustar algún jugo o gusto, aunque particularmente no le sienta en Dios, adelante va, subiendo sobre todas las cosas a Dios, pues de ninguna cosa gusta; y a Dios, aunque no le guste muy en particular y distintamente, ni le ame con tan distinto acto, gústale en aquella infusión general oscura y secretamente más que a todas las cosas distintas, pues entonces ve ella claro que ninguna le da tanto gusto como aquella quietud solitaria; y ámale sobre todas las cosas amables, pues que todos los otros jugos y gustos de todas

ellas tiene desechados y le son desabridos. Y así, no hay que tener pena, que si la voluntad no puede reparar en jugos y gustos de actos particulares, adelante va; pues el no volver atrás abrazando algo sensible, es ir adelante a lo inaccesible, que es Dios, y así no es maravilla que no le sienta. Y así la voluntad para ir a Dios más ha de ser desarrimándose de toda cosa deleitosa y sabrosa, que arrimándose; y así cumple bien el precepto de amor, que es amarle sobre todas las cosas, lo cual no puede ser sin desnudez y vacío en todas ellas.

52. Ni tampoco hay que temer en que la memoria vaya vacía de sus formas y figuras, que pues Dios no tiene forma ni figura, segura va vacía de formas y figuras y más acercándose a Dios; porque cuanto más se arrimare a la imaginación, más se aleja de Dios y en más peligro va, pues que Dios, siendo como es incogitable, no cabe en la imaginación.

53. No entendiendo, pues, estos maestros espirituales las almas que van ya en esta contemplación quieta y solitaria, por no haber ellos llegado a ella, ni sabido qué cosa es salir de discursos de meditaciones, como he dicho, piensan que están ociosas, y así les estorban e impiden la paz de la contemplación sosegada y quieta, que de suyo les estaba Dios dando, haciéndoles ir por el camino de meditación y discurso imaginario, y que hagan actos interiores, en lo cual hallan entonces las dichas almas grande repugnancia, sequedad y distracción, porque se querrían ellas estar en su ocio santo y recogimiento quieto y pacífico; en el cual, como el sentido no halla de qué gustar, ni de qué asir, ni qué hacer, persuádenlas éstos también a

que procuren jugos y fervores, como quiera que les habían de aconsejar lo contrario; lo cual, no pudiendo ellas hacer ni entrar en ello como antes, porque ya pasó ese tiempo y no es su camino, desasosiéganse doblado pensando que van perdidas, y aun ellos se lo ayudan a creer, y sécanlas el espíritu y quítanlas las unciones preciosas que en la soledad y tranquilidad Dios las ponía, que, como dije, es grande daño, y pónenlas del duelo y del lodo, pues en lo uno pierden, y en lo otro sin provecho penan.

54. No saben éstos qué cosa es espíritu. Hacen a Dios grande injuria y desacato, metiendo su tosca mano donde Dios obra, porque le ha costado mucho a Dios llegar a estas almas hasta aquí, y precia mucho haberlas llegado a esta soledad y vacío de sus potencias y operaciones para poderles hablar al corazón, que es lo que Él siempre desea, tomando ya Él la mano, siendo Él ya el que en el alma reina con abundancia de paz y sosiego, haciendo desfallecer los actos naturales de las potencias con que *trabajando toda la noche no hacían nada;* apacentándolas ya el espíritu sin operación del sentido ni su obra, porque el sentido, ni su obra, no es capaz del espíritu.

55. Y cuánto Él precie esta tranquilidad y adormecimiento o ajenación del sentido, échase bien de ver en aquella conjuración tan notable y eficaz que hizo en los Cantares (5, 3), diciendo: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos campesinos, que no recordéis ni hagáis velar a mi amada hasta que ella quiera.* En lo cual da a entender cuánto ama el adormecimiento y olvido solitario, pues interpone estos animales tan solitarios y retirados. Pero estos espirituales no

quieren que el alma repose ni quiete, sino que siempre trabaje y obre, de manera que no dé lugar a que Dios obre, y que lo que Él va obrando se deshaga y borre con la operación del alma, hechos *las raposillas que demuelen la florida viña* del alma, y por eso se queja el Señor por Isaías (3, 14), diciendo: *Vosotros habéis despacido mi viña.*

56. Pero éstos, por ventura, yerran con buen celo, porque no llega a más su saber. Pero no por eso quedan excusados en los consejos que temerariamente dan, sin entender primero el camino y espíritu que lleva el alma, y no entendiéndola, entremeter su tosca mano en cosa que no entienden no dejándola a quien la entienda. Que no es cosa de pequeño peso y culpa hacer a un alma perder inestimables bienes, y a veces dejarla muy bien estragada por su temerario consejo. Y así, el que temerariamente yerra, estando obligado a acertar, como cada uno lo está en su oficio, no pasará sin castigo, según fué el daño que hizo. Porque los negocios de Dios con mucho tiento y muy a ojos abiertos se han de tratar, mayormente en caso de tanta importancia y en negocio tan subido como es el de estas almas, donde se aventura casi infinita ganancia en acertar, y casi infinita pérdida en errar.

57. Pero ya que quieras decir que todavía tienes alguna excusa, aunque yo no la veo, a lo menos no me podrás decir que la tiene el que tratando un alma, jamás la deja salir de su poder, allá por los respetos e intentos vanos que él se sabe, que no quedarán sin castigo; pues que está cierto que habiendo de ir aquel alma adelante aprovechando en el camino espiritual, a que siempre Dios la

ayuda, ha de mudar estilo y modo de oración y ha de tener necesidad de otra doctrina ya más alta que la suya y otro espíritu. Porque no todos saben para todos los sucesos y términos que hay en el camino espiritual, ni tienen espíritu tan cabal, que conozcan cómo en cualquier estado de la vida espiritual ha de ser el alma llevada y regida; a lo menos no ha de pensar que lo tiene él todo, ni que Dios querrá dejar de llevar aquel alma más adelante. No cualquiera que sabe desbastar el madero sabe entallar la imagen; ni cualquiera que sabe entallarla, sabe perfilarla y pulirla; y no cualquiera que sabe pulirla, sabrá pintarla; ni cualquiera que sabe pintarla, sabrá poner la última mano y perfección. Porque cada uno de éstos no pueden hacer en la imagen más de lo que saben, y si quisieren pasar adelante, sería echarla a perder.

58. Pues veamos si tú, siendo solamente desbastador, que es poner el alma en el desprecio del mundo y mortificación de sus apetitos, o, cuando mucho, entallador, que será ponerla en santas meditaciones, y no sabes más, ¿cómo llegarás esa alma hasta la última perfección de delicada pintura, que ya no consiste en desbastar, ni entallar, ni aun en perfilar, sino en la obra que Dios en ella ha de ir haciendo? Y así cierto está que si en tu doctrina, que siempre es de una manera, la haces siempre estar atada, que o ha de volver atrás, o, a lo menos, no ir adelante. Porque ¿en qué parará, ruégote, la imagen, si siempre has de ejercitar en ella no más que el martillar y desbastar, que en el alma es el ejercicio de las potencias? ¿Cuándo se ha de acabar esta imagen? ¿Cuándo o cómo se ha de dejar a que la pinte Dios? ¿Es posible que tú tienes todos estos oficios, y que te

tienes por tan consumado que nunca esa alma habrá menester más que a ti?

59. Y dado caso que tengas para alguna alma, porque quizá no tendrá talento para pasar más adelante, es como imposible que tú tengas para todas las que tú no dejas salir de tus manos, porque a cada una lleva Dios por diferentes caminos. Que apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva, convenga con el modo del otro. Porque ¿quién habrá, como san Pablo (1 *Cor.*, 9, 22), que tenga para *hacerse todo a todos, para ganarlos a todos?* Y tú de tal manera tiranizas las almas, y de suerte las quitas la libertad, y adjudicas para ti la anchura de la doctrina evangélica, que no sólo procuras que no te dejen, mas lo que peor es, que si acaso alguna vez sabes que alguna haya ido a tratar alguna cosa con otro, que por ventura no convendría tratarla contigo, o la llevaría Dios para que la enseñase lo que tú no la enseñaste, te hayas con ella—que no lo digo sin vergüenza—, con las contiendas de celos que tienen entre sí los casados; los cuales no son celos que tienes de la honra de Dios o provecho de aquella alma—pues que no conviene que presumas que en faltarte de esa manera faltó a Dios—, sino celos de tu soberbia y presunción, o de otro imperfecto motivo tuyo.

60. Grandemente se indigna Dios contra estos tales y prométélos castigo por Ezequiel (34, 3), diciendo: *Comíades la leche de mi ganado y cubríades os con su lana, y mi ganado no apacentábades; yo pediré,* dice, *mi ganado de vuestra mano.*

61. Deben, pues, los maestros espirituales dar libertad a las almas, y están obligados a mostrarlas buen rostro cuando ellas quisieren buscar me-

joría, porque no saben ellos por dónde Dios querrá aprovechar a aquella alma, mayormente cuando ya no gusta de su doctrina, que es señal que no le aprovecha, porque o la lleva Dios adelante, o por otro camino que el maestro la lleva, o el maestro espiritual ha mudado estilo, y los dichos maestros se lo han de aconsejar. Y lo demás nace de necia soberbia y presunción o de alguna otra pretensión.

62. Pero dejemos ahora esta manera, y digamos otra más pestífera que éstos tienen u otros peores que ellos usan. Porque acaecerá que anda Dios ungiendo algunas almas con ungüentos de santos deseos y motivos de dejar el mundo, y mudar la vida y estilo y servir a Dios, despreciando el siglo—lo cual tiene Dios en mucho haber acabado con ellas, de llegarlas hasta esto, porque las cosas del siglo no son de voluntad de Dios—, y ellos allá con unas razones humanas o respetos harto contrarios a la doctrina de Cristo, y de su humildad y desprecio de todas las cosas, estribando en su propio interés o gusto, o por temer donde no hay que temer, o se lo dificultan, o se lo dilatan, o, lo que peor es, por quitárselo del corazón trabajan; que teniendo ellos el espíritu poco devoto, muy vestido del mundo, y poco ablandado en Cristo, como ellos no entran por la puerta estrecha de la vida, tampoco dejan entrar a los otros. A los cuales amenaza nuestro Salvador por san Lucas (11, 52), diciendo: *¡Ay de vosotros!, que tomasteis la llave de la ciencia, y no entráis vosotros, ni dejáis entrar a los demás.* Porque éstos, a la verdad, están puestos en la tranca y tropiezo de la puerta del cielo, impidiendo que no entren los que les piden consejo; sabiendo que les tiene Dios mandado, no sólo que los dejen y ayuden a

entrar, sino que aun los compelan a entrar, diciendo por san Lucas (14, 23): *Porfía, hazlos entrar para que se llene mi casa de convidados;* ellos, por el contrario, están compeliendo que no entren. De esta manera es él un ciego que puede estorbar la vida del alma, que es el Espíritu Santo. Lo cual acaece en los maestros espirituales de muchas más maneras que aquí queda dicho, unos sabiendo, otros no sabiendo; mas los unos y los otros no quedarán sin castigo, porque teniéndolo por oficio, están obligados a saber y mirar lo que hacen.

B) *El demonio*

63. El *segundo ciego* que dijimos que podría empachar al alma en este género de recogimiento es el demonio, que quiere que, como él es ciego, también el alma lo sea. El cual en estas altísimas soledades en que se infunden las delicadas unciones del Espíritu Santo—en lo cual él tiene grave pesar y envidia, porque ve que no solamente se enriquece el alma, sino que se le va de vuelo y no la puede coger en nada—, por cuanto está el alma sola desnuda y ajena de toda criatura y rastro de ella, procúrale poner en este enajenamiento algunas cataratas de noticias y nieblas de jugos sensibles, a veces buenos, para cebar más el alma y hacerla volver así al trato distinto y obra de sentido, y que mire en aquellos jugos y noticias buenas que la representa y las abrace, a fin de ir a Dios arrimada a ellas. Y en esto facilísimamente la distrae y saca de aquella soledad y recogimiento en que, como habemos dicho, el Espíritu Santo está obrando aquellas grandezas secretas; porque como el alma de suyo es inclinada a sentir y gus-

tar, mayormente si lo anda pretendiendo y no entiende el camino que lleva, facilísimamente se pega a aquellas noticias y jugos que la pone el demonio, y se quita de la soledad en que Dios la ponía; porque como ella en aquella soledad y quiet d de las potencias del alma no hacía nada, parécele que estotro es mejor, pues ya en ello hace algo. Y aquí es grande lástima que, no entendiéndose el alma, por comer un bocadillo de noticia particular o jugo, se quita que la coma Dios a ella toda, porque así lo hace Dios en aquella soledad en que la pone, porque la absorbe en sí por medio de aquellas unciones espirituales solitarias.

64. De esta manera, por poco más que nada, causa el demonio gravísimos daños, haciendo al alma perder grandes riquezas, sacándola con un poquito de cebo como al pez, del golfo de las aguas sencillas del espíritu, a donde estaba engolfada y anegada en Dios sin hallar pie ni arrimo. Y en esto la saca a la orilla, dándola estribo y arrimo, y que halle pie, y se vaya por su pie, por tierra, con trabajo, y no nade por *las aguas de Siloé, que van con silencio* (Is., 8, 6), bañada en las unciones de Dios. Y hace el demonio tanto caso de esto, que es para admirar. Que con ser mayor un poco de daño en esta parte que hacer muchos en otras almas muchas, como habemos dicho, apenas hay alma que vaya por este camino que no la haga grandes daños y haga caer en grandes pérdidas. Porque este maligno se pone aquí con grande aviso en el paso que hay del sentido al espíritu, engañando y cebando a las almas con el mismo sentido, atravesando, como habemos dicho, cosas sensibles, y no piensa el alma que hay en aquello pérdida, por lo cual deja de entrar en lo interior del Esposo, quedándose a la

puerta a ver lo que pasa afuera en la parte sensitiva.

Todo lo alto ve, dice Job (41, 25), *el demonio,* es a saber, la alteza espiritual de las almas para impugnarla. De donde si acaso algún alma se le entra en el alto recogimiento, ya que de la manera que habemos dicho no pueda distraerla, a lo menos con horrores, temores o dolores corporales, o con sentidos y ruidos exteriores, trabaja por poderla hacer advertir al sentido, para sacarla fuera y divertirla del interior espíritu, hasta que no pudiendo más, la deja. Mas es con tanta facilidad las riquezas que estorba y estraga a estas preciosas almas, que con preciarlo él más que derribar muchas de otras, no lo tiene en mucho por la facilidad con que lo hace y lo poco que le cuesta. Porque a este propósito podemos entender lo que de él dijo Dios a Job (40, 18), es a saber: *Absorberá un río y no se maravillará, y tiene confianza que el Jordán caerá en su boca,* que se entiende por lo más alto de la perfección. *En sus mismos ojos le cazará como con anzuelo, y con alesnas le horadará las narices,* esto es, con las puntas de las noticias con que le está hiriendo, la divertirá el espíritu; porque el aire que sale por las narices recogido, estando horadadas, se divierte por muchas partes. Y adelante dice (41, 21): *Debajo de él estarán los rayos del sol, y derramará el oro debajo de sí como lodo;* porque admirables rayos de divinas noticias hace perder a las almas ilustradas, y precioso oro de matices divinos quita y derrama a las almas ricas.

65. ¡Oh, pues, almas! Cuando Dios os va haciendo tan soberanas mercedes que os lleva por estado de soledad y recogimiento, apartándoos de vuestro trabajoso sentir, no os volváis al sentido.

Dejad vuestras operaciones, que si antes os ayudaban para negar al mundo y a vosotras mismas cuando érais principiantes, ahora que Dios os hace merced de ser el obrero, os serán obstáculo grande y embarazo. Que como tengáis cuidado de no poner vuestras potencias en cosa ninguna, desasiéndolas de todo y no embarazándolas, que es lo que de vuestra parte habéis de hacer en este estado solamente, junto con la advertencia amorosa, sencilla, que dije arriba, de la manera que allí lo dije, que es cuando no os hiciere desgana no tenerla, porque no habéis de hacer ninguna fuerza al alma si no fuere en desasirla de todo y libertarla, porque no la turbéis y alteréis la paz y tranquilidad, Dios os la cebará de refección celestial, pues que no se la embarazáis.

C) *La misma alma.*

66. El tercer ciego es la misma alma, la cual, no entendiéndose, como habemos dicho, ella misma se perturba y se hace el daño. Porque como ella no sabe obrar sino por el sentido y discurso de pensamiento, cuando Dios la quiere poner en aquel vacío y soledad donde no puede usar de las potencias ni hacer actos, como ve que ella no hace nada, procura hacerlo, y así se distrae y se llena de sequedad y disgusto el alma, la cual estaba gustando de la ociosidad de la paz y silencio espiritual en que Dios la estaba de secreto poniendo a gusto. Y acaecerá que Dios esté porfiando por tenerla en aquella callada quietud, y ella porfiando también con la imaginación y con el entendimiento a querer obrar por sí misma. En lo cual es como el muchacho que, queriéndole llevar su madre en brazos, él va gritando y pateando por irse

por su pie, y así no anda él ni deja andar a la madre; o como cuando queriendo el pintor pintar una imagen y otro se la estuviese meneando, que no se haría nada, o se borraría la pintura.

67. Ha de advertir el alma en esta quietud que, aunque ella entonces no se sienta caminar ni hacer nada, camina mucho más que si fuese por su pie, porque la lleva Dios en sus brazos; y así, aunque camina al paso de Dios, ella no siente el paso. Y aunque ella misma no obra nada con las potencias de su alma, mucho más hace que si ella lo hiciese, pues es Dios el obrero. Y que ella no lo eche de ver no es maravilla, porque lo que Dios obra en el alma a este tiempo no lo alcanza el sentido, porque es en silencio; que, como dice el Sabio (*Eccl.*, 9, 17), *las palabras de la sabiduría óyense en silencio*. Déjese el alma en las manos de Dios y no se ponga en sus propias manos ni en las de estos dos ciegos; que como esto sea y ella no ponga las potencias en algo, segura irá.

---

68. Pues volvamos ahora al propósito de estas *profundas cavernas* de las potencias del alma, en que decíamos que el padecer del alma suele ser grande cuando la anda Dios ungiendo y disponiendo con los más subidos ungüentos del Espíritu Santo para unirla consigo; los cuales son ya tan sutiles y de tan delicada unción, que penetrando ellos la íntima substancia del fondo del alma, la disponen y la saborean, de manera que el padecer y desfallecer en deseo, y con inmenso vacío de estas *cavernas*, es inmenso. Donde habemos de notar que si los ungüentos que disponían a estas *cavernas* del alma para la unión del matrimonio espiritual con Dios son tan subidos como habemos dicho, ¿cuál pensamos que será la posesión de in-

teligencia, de amor y gloria que tienen ya en la dicha unión con Dios el entendimiento, voluntad y memoria? Cierto, que conforme a la sed y hambre que tenían estas *cavernas* será ahora la satisfacción y hartura y deleite de ellas; y conforme a la delicadez de las disposiciones, será el primor de la posesión del alma y fruición de su sentido.

69. Por *el sentido* del alma entiende aquí la virtud y fuerza que tiene la substancia del alma para sentir y gozar los objetos de las potencias espirituales con que gusta la sabiduría y amor y comunicación de Dios. Y por eso a estas tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, las llama el alma en este verso *cavernas del sentido profundas;* porque por medio de ellas y en ellas siente y gusta el alma profundamente las grandezas de la sabiduría y excelencias de Dios. Por lo cual harto propiamente las llama aquí el alma *cavernas profundas;* porque como siente que en ellas caben las profundas inteligencias y resplandores de las lámparas del fuego, conoce que tiene tanta capacidad y senos, cuantas cosas distintas recibe de inteligencias, de sabores, de gozos, de deleites, etcétera, de Dios; todas las cuales cosas se reciben y asientan en este sentido del alma, que, como digo, es la virtud y capacidad que tiene el alma para sentirlo y poseerlo y gustarlo todo, administrándoselo *las cavernas* de las potencias, así como al sentido común de la fantasía acuden con las formas de sus objetos los sentidos corporales, y él es el receptáculo y archivo de ellas; por lo cual este sentido común del alma, que está hecho receptáculo y archivo de las grandezas de Dios, está tan ilustrado y tan rico cuanto alcanza de esta alta y esclarecida posesión.

[VERSO 4.—*Oscuridad y ceguera del alma sin Dios.*]

Que estaba oscuro y ciego.

70. Conviene a saber, antes que Dios le esclareciese y alumbrase, como está dicho. Para inteligencia de lo cual es de saber que por dos cosas puede el sentido de la vista dejar de ver; o porque está a oscuras, o porque está ciego. Dios es la luz y el objeto del alma; cuando ésta no le alumbra, a oscuras está, aunque la vista tenga muy subida. Cuando está en pecado o emplea el apetito en otra cosa, entonces está ciega; y aunque entonces la embista la luz de Dios, como está ciega, no la ve la oscuridad del alma, que es la ignorancia del alma, la cual, antes que Dios la alumbrase por esta transformación, estaba oscura e ignorante de tantos bienes de Dios, como dice el Sabio (*Eccli.*, 51, 26) que lo estaba él antes que la sabiduría le alumbrase, diciendo: *Mis ignorancias alumbró.*

71. Hablando espiritualmente, una cosa es estar a oscuras y otra estar en tinieblas, porque estar en tinieblas es estar ciego—como habemos dicho—, en pecado; pero el estar a oscuras puédelo estar sin pecado, y esto de dos maneras, conviene a saber: acerca de lo natural, no teniendo luz de algunas cosas naturales; y acerca de lo sobrenatural, no teniendo luz de algunas cosas sobrenaturales. Y acerca de estas dos cosas dice aquí el alma *que estaba oscuro su sentido* antes de esta preciosa unión. Porque hasta que el Señor dijo: *Fiat lux, estaban las tinieblas sobre la haz del abismo* (*Gen.*, 1, 2) de la caverna del sentido del

alma, el cual cuanto es más abisal y de más *profundas cavernas,* tanto más abisales y profundas cavernas, y tanto más profundas tinieblas hay en él acerca de lo sobrenatural, cuando Dios, que es su lumbre, no le alumbra; y así esle imposible alzar los ojos a la divina luz ni caer en su pensamiento, porque no sabe cómo es, nunca habiéndola visto. Y por eso, ni la podrá apetecer, antes apetecerá tinieblas, porque sabe cómo son, e irá de una tiniebla en otra, guiado por aquella tiniebla: porque no puede guiar una tiniebla sino a otra tiniebla.

Pues, como dice David *(Sal.* 18, 3): *El día rebosa en el día, y la noche enseña ciencia en la noche.* Y así, *un abismo llama a otro abismo,* conviene a saber: un abismo de luz llama a otro abismo de luz, y un abismo de tinieblas a otro abismo de tinieblas, llamando cada semejante a su semejante y comunicándosele. Y así, la luz de la gracia, que Dios antes había dado a esta alma, con que le había alumbrado el ojo del abismo de su espíritu, abriéndosele a la divina luz y haciéndola en esto agradable a Sí, llamó otro abismo de gracia, que es esta transformación divina del alma en Dios, con que el ojo del sentido queda tan esclarecido y agradable a Dios, que podemos decir que la luz de Dios y del alma toda es una, unida la luz natural del alma con la sobrenatural de Dios, y luciendo ya la sobrenatural solamente; así como la luz que Dios crió se unió con la luz del sol, y luce ya la del sol solamente sin faltar la otra.

72. Y también *estaba ciego* en tanto que gustaba de otra cosa. Porque la ceguedad del sentido racional y superior es el apetito, que, como catarata y nube, se atraviesa y pone sobre el ojo de

la razón, para que no vea las cosas que están delante. Y así, en tanto que proponía en el sentido algún gusto, estaba ciego para ver las grandezas de riquezas y hermosura divina que estaban tras de la catarata. Porque así como poniendo sobre el ojo una cosa, por pequeña que sea, basta para tapar la vista que no vea otras cosas que están delante, por grandes que sean, así un leve apetito y ocioso acto que tenga el alma, basta para impedirla todas estas grandezas divinas, que están después de los gustos y apetitos que el alma quiere.

73. ¡Oh, quién pudiera decir aquí cuán imposible le es al alma que tiene apetitos juzgar de las cosas de Dios como ellas son! Porque para juzgar las cosas de Dios, totalmente se ha de echar el apetito y gusto fuera, y no las ha de juzgar con él; porque infaliblemente vendrá a tener las cosas de Dios por no de Dios, y las no de Dios, por de Dios. Porque estando aquella catarata y nube del apetito sobre el ojo del juicio, no ve sino catarata, unas veces de un color y otras de otro, como ellas se le ponen, y piensa que la catarata es Dios, porque, como digo, no ve más que catarata que está sobre el sentido, y Dios no cae en el sentido. Y de esta manera el apetito y gustos sensitivos impiden el conocimiento de las cosas altas. Lo cual da bien a entender el Sabio (4, 12) por estas palabras, diciendo: *El engaño de la vanidad oscurece los bienes; y la inconstancia de la concupiscencia trastorna el sentido sin malicia*, es a saber, el buen juicio.

74. Por lo cual, los que no son tan espirituales que estén purgados de los apetitos y gustos, sino que todavía estén algo animales en ellos, crean que las cosas que son más viles y bajas al espíritu, que

son las que más se llegan al sentido, según el cual todavía ellos viven, las tendrán por gran cosa; y las que son más preciadas y más altas para el espíritu, que son las que más se apartan del sentido, las tendrán en poco y no las estimarán, y aun a veces las tendrán por locura, como lo da bien a entender san Pablo (1 *Cor.*, 2, 14), diciendo: *El hombre animal no percibe las cosas de Dios; son para él locura, y no las puede entender*. Por *hombre animal* se entiende aquí aquel que todavía vive con apetitos y gustos naturales; porque aunque algunos gustos nacen del espíritu en el sentido, si el hombre se quiere asir a ellos con su natural apetito, ya son apetitos no más que naturales. Que poco hace al caso que el objeto o motivo sea sobrenatural, si el apetito sale del mismo natural, teniendo su raíz y fuerza en el natural, para que deje de ser apetito natural; pues que tiene la misma substancia y naturaleza que si fuera acerca de motivo y materia natural.

75. Dirásme: Pues luego, síguese que cuando el alma apetece a Dios, no le apetece sobrenaturalmente, y así, aquel apetito no será meritorio delante de Dios. Respondo que verdad es que no es aquel apetito, cuando el alma apetece a Dios, siempre sobrenatural, sino cuando Dios le infunde, dando Él la fuerza de tal apetito; y éste es muy diferente del natural, y hasta que Dios le infunde, muy poco o nada se merece. Y así, cuando tú, de tuyo, quieres tener apetito de Dios, no es más que apetito natural, ni será más hasta que Dios le quiera informar sobrenaturalmente. De donde cuando tú de tuyo quieres apegar el apetito a las cosas espirituales, y te quieres asir al sabor de ellas, ejercitas el apetito tuyo natural, y entonces cataratas pones en el ojo, y *animal* eres. Y así, no po-

drás entender ni juzgar de lo espiritual, que es sobre todo sentido y apetito natural. Y si tienes más dudas, no sé qué te diga, sino que lo vuelvas a leer, que quizá lo entenderás; que dicha está la substancia de la verdad y no se sufre aquí en esto alargarme más.

76. Este sentido, pues, del alma que antes estaba oscuro sin esta divina luz de Dios y ciego con sus apetitos y afecciones, ya no solamente con sus *profundas cavernas* está ilustrado y claro por medio de esta divina unión con Dios; pero aun hecho ya como una resplandeciente luz con las cavernas de sus potencias.

[VERSOS 5 y 6.—*Maravillosos efectos de la divina presencia.*]

Con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido.

77. Porque estando estas *cavernas* de las potencias ya tan miríficas y maravillosamente infundidas en los admirables resplandores de aquellas lámparas, como habemos dicho que en ella están ardiendo, están ellas enviando a Dios en Dios, de más de la entrega que de sí hacen a Dios, esos mismos resplandores que tienen recibidos con amorosa agloria, inclinadas ellas a Dios en Dios, hechas también ellas encendidas lámparas en los resplandores de las lámparas divinas, dando al Amado la misma luz y calor de amor que reciben; porque aquí de la misma manera que lo reciben, lo están dando al que lo recibe y lo ha dado con los mismos primores que Él se los da, como el vidrio hace cuando le embiste el sol, que echa también resplandores; aunque estotro es en

mas subida manera, por intervenir en ello el ejercicio de la voluntad.

Con extraños primores.

78. Es a saber, *extraños* y ajenos de todo común pensar y de todo encarecimiento y de todo modo y manera. Porque conforme al primor con que el entendimiento recibe la sabiduría divina, hecho el entendimiento uno con el de Dios, es el primor con que lo da el alma; porque no lo puede dar sino al modo que se lo dan. Y conforme al primor con que la voluntad está unida en la bondad, es el primor con que ella da a Dios en Dios la misma bondad, porque no lo recibe sino para darlo. Y, ni más ni menos, según el primor con que en la grandeza de Dios conoce, estando unida en ella, luce y da calor de amor; y según los primores de los demás atributos divinos que comunica allí Él al alma de fortaleza, hermosura, justicia, etc., son los primores con que el sentido, gozando, está dando a su Querido en su Querido; es a saber, esa misma luz y calor que está recibiendo de su Querido. Porque estando ella aquí hecha una misma cosa con Él, en cierta manera es ella Dios por participación. Que aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es, como dijimos, como sombra de Dios. Y a este talle, siendo ella por medio de esta substancial transformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que Él hace en ella por Sí mismo, al modo que Él lo hace. Porque la voluntad de los dos es una, y así, la operación de Dios y de ella es una. De donde como Dios se le está dando con libre y graciosa voluntad, así también ella, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa cuanto más unida en Dios, está dando a Dios al mismo Dios en Dios, y

es verdadera y entera dádiva del alma a Dios. Porque allí ve el alma que verdaderamente Dios es suyo, y que ella le posee con posesión hereditaria, con propiedad de derecho, como hijo de Dios adoptivo, por la gracia que Dios le hizo de dársele a Sí mismo, y que, como cosa suya, lo puede dar y comunicar a quien ella quisiere de voluntad; y así, ella dale a su Querido, que es el mismo Dios que se le dió a ella, en lo cual paga ella a Dios todo lo que le debe, por cuanto de voluntad le da otro tanto como de Él recibe.

79. Y porque en esta dádiva que hace el alma a Dios, le da al Espíritu Santo como cosa suya con entrega voluntaria, para que en Él se ame como Él se merece, tiene el alma inestimable deleite y fruición, porque ve que da ella a Dios cosa suya propia que cuadra a Dios según su infinito ser. Que aunque es verdad que el almá no puede de nuevo dar al mismo Dios a Sí mismo, pues Él en sí siempre se es el mismo, pero el alma de suyo perfecta y verdaderamente lo hace, dando todo lo que Él le había dado para pagar el amor, que es dar tanto como le dan; y Dios se paga con aquella dádiva del alma—que con menos no se pagaría—; y la toma Dios con agradecimiento, como cosa que de suyo le da el alma, y en esa misma dádiva ama el alma también como de nuevo; y así, entre Dios y el alma, está actualmente formado un amor recíproco en conformidad de la unión y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos, que son la divina esencia, poseyéndolos cada uno libremente por razón de la entrega voluntaria del uno al otro, los poseen entrambos juntos, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre por san Juan (17, 10), es a saber: *Omnia mea tua sunt, et tua mea sunt et clarifica-*

tus sum in eis. Esto es: Todos mis bienes son tuyos y tus bienes míos, y clarificado soy en ellos. Lo cual en la otra vida es sin intermisión en la fruición perfecta; pero en este estado de unión acaece cuando Dios ejercita en el alma este acto de la transformación, aunque no con la perfección que en la otra.

Y que pueda el alma hacer aquella dádiva, aunque es de más entidad que su capacidad y ser, está claro, porque lo está que el que tiene muchas gentes y reinos por suyos, que son de mucha más entidad, los puede dar a quien él quisiere.

80. Esta es la gran satisfacción y contento del alma, ver que da a Dios más que ella en sí y es y vale, con aquella misma luz divina y calor divino que se lo da: lo cual en la otra vida es por medio de la lumbre de gloria, y en ésta por medio de la fe ilustradísima. De esta manera,

las profundas cavernas del sentido,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido.

Junto dice, porque junta es la comunicación del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en el alma, que son luz y fuego de amor en ella.

81. Pero los *primores* con que el alma hace esta entrega, hemos de notar brevemente aquí. Acerca de lo cual se ha de advertir que, como quiera que el alma goce cierta imagen de *fruición*, causada de la unión del entendimiento y del afecto con Dios, deleitada ella y obligada por esta tan gran merced, hace la dicha entrega de Dios y de sí a Dios con maravillosos modos. Porque acerca *del amor* se ha el alma con Dios con extraños primores, y acerca de este rastro de *fruición*, ni más

ni menos, y acerca de la *alabanza* también; y por el semejante acerca del *agradecimiento.*

82. 1) Cuanto a lo primero, tiene *tres primores* principales de *amor.*

a) El primero es que aquí ama el alma a Dios no por sí, sino por Él mismo; lo cual es admirable primor, porque ama por el Espíritu Santo, como el Padre y el Hijo se aman, como el mismo Hijo lo dice por san Juan (17, 26), diciendo: *La dilección con que me amaste esté en ellos y yo en ellos.*

b) El segundo primor es amar a Dios en Dios; porque en esta unión vehemente se absorbe el alma en amor de Dios, y Dios con gran vehemencia se entrega al alma.

c) El tercer primor de amor principal es amarle allí por quien Él es: porque no le ama sólo porque para sí misma es largo, bueno y glorioso, etcétera, sino mucho más fuertemente, porque en Sí es todo esto esencialmente.

83. 2) Y acerca de esta imagen de *fruición* tiene otros *tres* primores maravillosos principales:

a) El primero, que el alma goza allí a Dios por el mismo Dios; porque como el alma une aquí el entendimiento en la omnipotencia, sapiencia, bondad, etc., aunque no claramente como será en la otra vida, grandemente se deleita en todas estas cosas entendidas distintamente, como arriba dijimos.

b) El segundo primor principal de esta delectación es deleitarse ordenadamente sólo en Dios sin ninguna otra mezcla de criatura.

c) El tercer deleite es gozarle sólo por quien Él es, sin mezcla alguna de gusto propio.

84. 3) Acerca de la *alabanza* que el alma tiene a Dios en esta unión, hay otros tres *primores de alabanza:*

a) El primero, hacerlo de oficio, porque ve el alma que para su alabanza la crió Dios, como dice por Isaías (43, 21), diciendo: *Este pueblo formé para Mí: cantará mis alabanzas.*

b) El segundo primor de alabanza es por los bienes que recibe, y deleite que tiene en alabarle.

c) El tercero es por lo que Dios es en Sí; porque aunque el alma ningún deleite recibiese, le alabaría por quien Él es.

85. 4) Acerca del *agradecimiento* tiene otros *tres primores:*

a) El primero, agradecer los bienes naturales y espirituales que ha recibido y los beneficios.

b) El segundo es la delectación grande que tiene en alabar a Dios, porque con gran vehemencia se absorbe en esta alabanza.

c) El tercero es alabanza sólo por lo que Dios es, la cual es mucho más fuerte y deleitable.

CANCION IV

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras!

DECLARACIÓN

1. Conviértese el alma aquí a su Esposo con mucho amor, estimándole y agradeciéndole dos efectos admirables, que a veces en ella hace por

medio de esta unión, notando también el modo con que hace cada uno y también el efecto que en ella redunda en este caso.

2. El primer efecto es *recuerdo* de Dios en el alma, y el modo con que éste se hace es de mansedumbre y amor.

El segundo es de *aspiración* de Dios en el alma, y el modo de éste es de bien y gloria que se le comunica en la aspiración. Y lo que de aquí en el alma redunda es *enamorarla* delicada y tiernamente.

3. Y así, es como si dijera: *El recuerdo* que haces, oh Verbo Esposo, en el centro y fondo de mi alma, que es la pura e íntima substancia de ella, *en que secreta y calladamente solo*, como solo señor de ella, *moras*, no sólo como en tu casa, ni sólo como en tu mismo lecho, sino también como *en mi* propio *seno*, íntima y estrechamente unido, *¡cuán mansa y amorosamente* le haces! Esto es, grandemente manso y amoroso. Y en la *sabrosa aspiración* que con ese recuerdo tuyo haces, sabrosa para mí, *que está llena de bien y gloria, ¡con cuánta delicadez me enamoras* y aficionas a Ti! En lo cual toma el alma la semejanza del que cuando recuerda de su sueño respira. Porque, a la verdad, ella aquí así lo siente.

[VERSOS 1 y 2.—*Admirable visión de las criaturas en Dios.*]

Síguese el verso:

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno!

4. Muchas maneras de *recuerdos* hace Dios al alma, tantos, que si hubiésemos de ponernos a contarlos nunca acabaríamos. Pero este *recuerdo* que aquí quiere dar a entender el alma que le hace el Hijo de Dios, es, a mi ver, de los más levantados y que mayor bien hacen al alma. Porque este *recuerdo* es un movimiento que hace el Verbo en la substancia del alma, de tanta grandeza y señorío y gloria, y de tan íntima suavidad, que le parece al alma que todos los bálsamos y especies odoríficas y flores del mundo se trabucan y menean, revolviéndose para dar su suavidad; y que todos los reinos y señoríos del mundo y todas las potestades y virtudes del cielo se mueven. Y que no sólo eso, sino que también todas las virtudes y substancias y perfecciones y gracias de todas las cosas criadas relucen y hacen el mismo movimiento, todo a una y en uno.

Que por cuanto, como dice san Juan (1, 3 y 4), *todas las cosas en Él son vida, y en Él viven y son y se mueven,* como también dice el Apóstol (*Act.*, 17, 28); de aquí es que moviéndose este gran Emperador en el alma, *cuyo principado*, como dice Isaías (9, 6), *trae sobre su hombro,* que son las tres máquinas: celeste, terrestre e infernal, y las cosas que hay en ellas, *sustentándolas todas*, como dice san Pablo (*Hebr.*, 1, 3), *con el verbo de su virtud*, todas a una parezcan moverse, al modo que al movimiento de la tierra se mueven todas las cosas materiales que hay en ella, como si no fuesen nada; así es cuando se mueve este Príncipe, que trae sobre Sí su corte y no la corte a Él.

5. Aunque esta comparación es harto impropia. Porque acá no sólo parecen moverse, sino que también todos descubren las bellezas de su ser, virtud y hermosura y gracias, y la raíz de su dura-

ción y vida. Porque echa allí de ver el alma cómo todas las criaturas de arriba y de abajo tienen su vida y fuerza y duración en Él, y ve claro lo que Él dice en el libro de los Proverbios (8, 15-16), diciendo: *Por Mí reinan los reyes y por Mí gobiernan los príncipes, y los poderosos ejercitan justicia, y la entienden.* Y aunque es verdad que echa allí de ver el alma que estas cosas son distintas de Dios, en cuanto tienen ser criado, y las ve en Él con su fuerza, raíz y vigor, es tanto lo que conoce ser Dios en su Ser con infinita eminencia todas estas cosas, que las conoce mejor en su Ser que en ellas mismas. Y éste es el deleite grande de este *recuerdo:* conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas a Dios; que es conocer los efectos por su causa y no la causa por los efectos, que es conocimiento trasero y ese otro es esencial.

6. Y cómo sea este movimiento en el alma, como quiera que Dios sea inmovible, es cosa maravillosa. Porque aunque entonces Dios no se mueve realmente, al alma le parece que en verdad se mueve; porque como ella es la innovada y movida por Dios para que vea esta sobrenatural vista, y se le descubre con tanta novedad aquella divina vida, y el ser y armonía de todas criaturas en ella con sus movimientos en Dios, parécele es Dios el que se mueve y que toma la causa el hombre del efecto que hace, según el cual efecto podemos decir que Dios se mueve, según el Sabio (7, 24) dice: *Que la sabiduría es más movible que todas las cosas movibles.* Y es, no porque ella se mueva, sino porque es el principio y raíz de todo movimiento, y *permaneciendo en Sí estable,* como dice luego, *todas las cosas innova.* Y así, lo que allí quiere decir es que la Sabiduría es más activa que

todas las cosas activas. Y así debemos aquí decir que el alma en este movimiento es la movida, y la recordada del sueño, de vista natural a vista sobrenatural. Y por eso le pone bien propiamente nombre de *recuerdo.*

7. Pero Dios siempre se está así como el alma lo echa de ver, moviendo, rigiendo y dando ser y virtud y gracias y dones a todas las criaturas, teniéndolas en Sí virtual y presencial y substancialmente, viendo el alma lo que Dios es en Sí y lo que es en sus criaturas en sola una vista, así como quien abriéndole un palacio ve en un acto la eminencia de la persona que está dentro, y ve juntamente lo que está haciendo.

Y así, lo que yo entiendo cómo se haga este recuerdo y vista del alma, es que estando el alma en Dios substancialmente, como lo está toda criatura, quítale de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poderle ver como Él es; y entonces traslúcese y vese así algo entre oscuramente—porque no se quitan todos los velos—aquel rostro suyo lleno de gracias, el cual, como todas las cosas está moviendo con su virtud, parécese juntamente con Él lo que está haciendo, y parece moverse Él en ellas y ellas en Él con movimiento continuo; y por eso le parece al alma que Él se movió y *recordó,* siendo ella la movida y la recordada.

8. Que ésta es la bajeza de esta nuestra condición de vida, que como nosotros estamos, pensamos que están los otros; y como somos, juzgamos a los demás, saliendo el juicio y comenzando de nosotros mismos y no de fuera. Y así, el ladrón piensa que los otros también hurtan; y el lujurioso piensa que los otros también lo son; y

el malicioso, que también los otros son maliciosos, saliendo aquel juicio de su malicia; y el bueno piensa bien de los demás, saliendo aquel juicio de la bondad que él tiene en sí concebida; el que es descuidado y dormido, parécele que los otros lo son. Y de aquí es que cuando nosotros estamos descuidados y dormidos delante de Dios, nos parezca que Dios es el que está dormido y descuidado de nosotros, como se ve en el salmo 43, donde dice David a Dios: *Levántate, Señor, ¿por qué duermes?, levántate;* poniendo en Dios lo que había en los hombres, que siendo ellos los dormidos y caídos, dicen a Dios que Él sea el que se levante y el que despierte, como quiera que *nunca duerme el que guarda a Israel* (Ps. 120, 4).

9. Pero, a la verdad, como quiera que todo bien del hombre venga de Dios, y el hombre de suyo ninguna cosa puede que sea buena, con verdad se dice que nuestro recuerdo es recuerdo de Dios, y nuestro levantamiento es levantamiento de Dios, y así es como si dijera David: Levántanos dos veces, y recuérdanos, porque estamos dormidos y caídos de dos maneras. De donde porque el alma estaba dormida en sueño de que ella jamás por sí misma no pudiera recordar, y sólo Dios es el que la pudo abrir los ojos y hacer este recuerdo, muy propiamente le llama recuerdo de Dios a éste, diciendo:

Recuerdas en mi seno.

Recuérdanos Tú y alúmbranos, Señor mío, para que reconozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste a hacernos mercedes y que te acordaste de nosotros.

10. Totalmente es indecible lo que el alma conoce y siente en este *recuerdo* de la excelencia de Dios, porque siendo comunicación de la excelencia de Dios en la substancia del alma que es *el seno suyo* que aquí dice, suena en el alma una potencia inmensa en voz de multitud de excelencias, de millares de millares de virtudes, nunca numerables, de Dios. En éstas el alma estancada, queda terrible y sólidamente en ellas *ordenada como haces de ejércitos*, y suavizada y agraciada con todas las suavidades y gracias de las criaturas.

11. Pero será la duda: ¿cómo puede sufrir el alma tan fuerte comunicación en la flaqueza de la carne, que, en efecto, no hay sujeto y fuerza en ella para sufrir tanto sin desfallecer?, pues que solamente de ver la reina Ester (15, 16) al rey Asuero en su trono con sus vestiduras reales y resplandeciendo en oro y piedras preciosas, temió tanto de verle tan terrible en su aspecto, que desfalleció, como ella lo confiesa allí diciendo que por el temor que le hizo su grande gloria, porque le pareció *como un ángel, y su rostro lleno de gracias*, desfalleció; porque la *gloria oprime al que la mira* cuando no le glorifica. Pues ¿cuánto más había el alma de desfallecer aquí, pues no es ángel al que echa de ver, sino a Dios, con su rostro lleno de gracias de todas las criaturas, y de terrible poder y gloria, y voz de multitud de excelencias, de la cual dice Job (26, 14) que *cuando oyéremos tan mala vez una estila, ¿quién podrá sufrir la grandeza de su trueno?* Y en otra parte (23, 6) dice: *No quiero que entienda y trate conmigo con mucha fortaleza, porque por ventura no me oprima con el peso de su grandeza.*

12. Pero la causa por qué el alma no desfallece ni teme en aqueste *recuerdo* tan poderoso y glo-

rioso es por dos cosas: la primera, porque estando ya el alma en estado de perfección, como aquí está, en el cual está la parte inferior muy purgada y conforme con el espíritu, no siente el detrimento y pena que en las comunicaciones espirituales suele sentir el espíritu y sentido no purgado y dispuesto para recibirlas.

Aunque no basta esto para dejar de recibir detrimento delante de tanta grandeza y gloria, por cuanto aunque esté el natural muy puro, todavía, porque excede al natural, le corrompería como hace el excelente sensible a la potencia. Que a este propósito se entiende lo que alegamos de Job, sino que la segunda causa es la que hace al caso, que es la que en el primer verso dice aquí el alma, que es mostrarse *manso*. Porque así como Dios muestra al alma grandeza y gloria para regalarla y engrandecerla, así la favorece para que no reciba detrimento, amparando el natural, mostrando al espíritu su grandeza con blandura y amor a excusa del natural, no sabiendo el alma si pasa en el cuerpo o fuera de él. Lo cual puede muy bien hacer el que *con su diestra amparó a Moisés, para que viese su gloria* (*Ex.*, 33, 22). Y así, tanta mansedumbre y amor siente el alma en Él, cuanto poder y señorío y grandeza, porque en Dios todo es una misma cosa; y así es el deleite fuerte y el amparo fuerte en mansedumbre y amor, para sufrir fuerte deleite. Y así, antes el alma queda poderosa y fuerte, que desfallecida. Que si Ester se desmayó, fue porque el rey se le mostró al principio no favorable, sino, como allí dice, los ojos ardientes, le mostró el furor de su pecho; pero luego que le favoreció extendiendo su cetro y tocándola con él y abrazándola, volvió en sí, habiéndola dicho que él era su hermano, que no temiese.

13. Y así, habiéndose aquí el Rey del cielo desde luego con el alma amigablemente como su igual y su hermano, desde luego no teme el alma, porque mostrándole en mansedumbre y no en furor, la fortaleza de su poder y el amor de su bondad, le comunica fortaleza y amor de su pecho, saliendo a ella de su trono del alma, como esposo de su tálamo, donde estaba escondido, inclinado a ella y tocándola con el cetro de su majestad, y abrazándola como hermano. Y allí las vestiduras reales y fragancia de ellas, que son las virtudes admirables de Dios; allí el resplandor del oro, que es la caridad; allí el lucir las piedras preciosas de las noticias de las substancias superiores e inferiores; allí el rostro del Verbo lleno de gracias, que embisten y visten a la reina del alma, de manera que transformada ella en estas virtudes del Rey del cielo, se vea hecha reina, y que se pueda con verdad decir de ella lo que dice David de ella en el salmo (44, 10), es a saber: *La reina estuvo a tu diestra en vestidura de oro y cercada de variedad.*

[VERSO 3.—*Morada secreta de solo Dios.*]

Y porque todo esto pasa en la íntima substancia del alma, dice luego ella:

Donde secretamente solo moras.

14. Dice que *en su seno mora secretamente*, porque, como habemos dicho, en el fondo de la substancia del alma es hecho este dulce abrazo. Es de saber, que Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la substancia de ellas, porque si esto no fuese no podrían ellas durar.

Pero hay diferencia en este morar, y mucha; porque en unas *mora* solo, y en otras no mora solo; en unas mora como en su casa, mandándolo y rigiéndolo todo, y en otras mora como extraño en casa ajena, donde no le dejan mandar nada ni hacer nada. El alma, donde menos apetitos y gustos propios moran, es donde Él *más solo* y más agradado y más como en casa propia mora, rigiéndola y gobernándola; y tanto más *secreto* mora, cuanto *más solo*. Y así en esta alma, en que ya ningún apetito, ni otras imágenes, ni formas ni afecciones de alguna cosa criada moran, secretísimamente mora el Amado, con tanto más íntimo e interior y estrecho abrazo, cuanto ella, como decimos, está más pura y sola de otra cosa que Dios. Y así está secreto, porque a este puesto y abrazo no puede llegar el demonio, ni el entendimiento del hombre a saber cómo es.

Pero a la misma alma en esta perfección no le está secreto, la cual siente en sí este íntimo abrazo; pero según estos *recuerdos*, no siempre, porque cuando los hace el Amado, le parece al alma que *recuerda Él en su seno*, donde antes estaba como dormido; porque aunque le sentía y gustaba, era como al Amado dormido en su seno; que cuando uno de los dos está dormido, no se comunican las inteligencias y amores de entrambos hasta que ambos están recordados.

15. ¡Oh, cuán dichosa es esta alma que siempre siente estar Dios descansando y reposando en su seno! ¡Oh, cuánto le conviene apartarse de cosas, huir de negocios y vivir con inmensa tranquilidad, porque aun con la más mínima motica o bullicio no inquiete ni revuelva el seno del Amado! Está Él allí de ordinario como dormido en este abrazo con la Esposa en la substancia de su

alma, al cual ella muy bien siente y de ordinario goza. Porque si estuviese siempre en ella *recordado,* comunicándose las noticias y los amores, ya sería estar en la gloria; porque si una vez que recuerda tantico abriendo el ojo, pone tal al alma, como habemos dicho, ¿qué sería si de ordinario estuviese en ella, para ella bien despierto?

[VERSOS 4-6.—*Amor inefable.*]

16. En otras almas que no han llegado a esta unión, porque no está desagradado, porque, en fin, están en gracia, pero por cuanto aún no están bien dispuestas, aunque mora en ellas, mora secreto para ellas; porque no le sienten de ordinario, sino cuando Él las hace algunos *recuerdos* sabrosos, aunque no son del género ni metal de éste, ni tienen que ver con él, ni al entendimiento y demonio les es tan secreto como este otro, porque todavía podrían entender algo por los movimientos del sentido, por cuanto hasta la unión no está bien aniquilado, que todavía tiene algunas acciones y movimientos acerca de lo espiritual, por no ser ello totalmente todo espiritual. Mas en este recuerdo que el Esposo hace en esta alma perfecta, todo lo que pasa y se hace es perfecto, porque lo hace Él todo: que es al modo de como cuando uno *recuerda y respira,* siente el alma un extraño deleite en la *aspiración* del Espíritu Santo en Dios, en quien soberanamente ella se glorifica y enamora, y por eso dice los versos siguientes:

Y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras!

En la cual *aspiración, llena de bien y gloria* y delicado amor de Dios para el alma, yo no querría hablar, ni aun quiero, porque veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería que ello es, si lo dijese; porque es una *aspiración* que hace al alma Dios, en que por aquel *recuerdo* del alto conocimiento de la Deidad, *la aspira* el Espíritu Santo con la misma proporción que fue la inteligencia y noticia de Dios, en que la absorbe profundísimamente en el Espíritu Santo, *enamorándola con primor y delicadeza divina,* según aquello que vio en Dios; porque siendo la aspiración *llena de bien y gloria,* en ella llenó el Espíritu Santo al alma de bien y gloria, en que la enamoró de Sí sobre toda lengua y sentido en los profundos de Dios, al cual sea honra y gloria. Amén.